JUAN: CAPÍTULO 1

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

2 Este mismo estaba en el principio con Dios.

3 Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

5 Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.

EN METAFÍSICA PURA solo hay una palabra: el Verbo de Dios. Esta es la Palabra o pensamiento creativo original del Ser. Es el "Dios dijo" del Génesis. El original griego se refiere a él en el primer capítulo de Juan como logos. La palabra griega no se puede traducir adecuadamente al español. En el original, denota sabiduría, juicio, poder y, de hecho, todas las potencialidades inherentes del Ser. Este Logos divino estaba y siempre está en Dios; de hecho, es Dios como poder creativo. La Mente Divina crea bajo la ley; es decir, la ley espiritual. El hombre puede comprender el proceso creativo del Ser analizando la acción de su propia mente. Primero está la mente, luego la idea mental de lo que será el acto, y finalmente el acto mismo. Así, la Palabra y el proceso divino de creación son idénticos.

Sin la mente, nada puede crearse. Incluso el hombre, al crear y manifestar cualquier cosa, utiliza el mismo proceso creativo que Dios; en la medida en que las cualidades de la Mente única penetren en el pensamiento del hombre durante este proceso, su obra será perdurable.

La idea divina —el Cristo o el Verbo de Dios— está siempre presente en todas partes. Entre los cuatro Evangelios, el de Juan es fácilmente percibido por los metafísicos como una vida simbólica de Jesús y debería aparecer primero en el Nuevo Testamento, correspondiendo a los primeros capítulos del Génesis. Muchos críticos bíblicos así lo consideran, entre ellos Ferrar Fenton, quien le da el primer lugar en su "Biblia completa en inglés moderno". Juan explica que toda existencia es espiritual, que llega al hombre como un don, y que Cristo es

su cumplimiento. "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios".

«La Palabra» es la traducción al español del griego logos, que significa pensamiento o concepto, y también la palabra que lo expresa o enuncia. Implica también la relación lógica entre idea y expresión; de ahí nuestra palabra lógica, que también deriva de logos.

Nos dirigimos al primer capítulo del Génesis: «Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz».

Aquí, en detalle, día a día, o período a período, se idea la creación.

El paralelismo entre Génesis y Juan se muestra en la manifestación del hombre ideal. En Génesis, Adán aparece primero. En Juan, es Juan el Bautista, de quien se dice que «da testimonio» del hombre venidero, Jesús. En Génesis, al hombre se le dio dominio sobre todas las cosas; en Juan, «todas las cosas fueron hechas por medio de él».

Juan el Bautista representa al hombre natural, al hombre físico, que es el núcleo alrededor del cual construye el hombre espiritual. El hombre puede compararse con una casa, cuyos cimientos son la roca y la superestructura, un material más ligero. La roca sobre la que Jesús construyó no era material: era mental; su símbolo, Pedro, era una mente receptiva a la Verdad y la sustancia espiritual.

El primer Adán fue formado del "polvo de la tierra", representando la sustancia radiante en lugar de la tierra bruta.

Así pues, Juan el Bautista era más que el hombre físico perfecto. Era el hombre natural iluminado. Predicó y bautizó a sus discípulos y, con visión espiritual, vio el desarrollo del hombre natural en el hombre Cristo.

El hombre espiritual es la luz verdadera que "alumbra a todo hombre, viniendo a este mundo". El mundo fue hecho por él y, sin embargo, "no lo conocía".

Hay una fuerza creativa que obra constantemente en el hombre y en toda la creación, pero no se reconoce. Es la mente-Espíritu que brilla conscientemente en las mentes y los corazones de

quienes la reconocen. Aquellos que ignoran esta luz no la "aprehenden", y para ellos es inexistente.

«Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios».

6 Vino un hombre enviado por Dios, llamado Juan.

7 Este vino para dar testimonio, para que diera testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él.

8 No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz.

El hombre, en su estado de oscuridad e ignorancia, habita en el reino de los pensamientos materiales y no percibe nada superior hasta que llega al punto de su desarrollo en que está listo para recibir la comprensión de la Verdad Crística. Entonces entra en la percepción intelectual de la Verdad, propia de Juan el Bautista. La percepción intelectual de la Verdad por parte del hombre natural (Juan el Bautista) no es la verdadera luz (el Cristo), sino que da testimonio de la luz y prepara el camino para su amanecer en la conciencia.

9 Allí estaba la luz verdadera, la luz que ilumina a todo hombre, al venir al mundo.

10 En el mundo estaba, y el mundo por medio de él fue hecho, y el mundo no lo conoció.

11 A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron.

La luz verdadera (Cristo o el Verbo) que ilumina a todo hombre al venir al mundo está y siempre ha estado en el hombre. Incluso el hombre exterior fue formado y llegó a existir por medio de ella. Hasta cierta etapa de su desarrollo, el hombre no reconoce esta verdad; sin embargo, ahora este misterio, que es «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria», se revela a la humanidad con cada vez mayor claridad y con un poder mucho mayor.

12 Pero a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios;

13 los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

Según los versículos 12 y 13, la misma verdad que fue válida para Jesús será válida para todos los que lo reciban (al Cristo) y crean en su poder resucitador, como Jesús lo creyó.

14 Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (y contemplamos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Jesús reconoció esta verdad: que el Cristo, el hombre de la idea divina o el Verbo de Dios, era su verdadero ser y, en consecuencia, el Hijo de Dios. Debido a que Jesús se aferró a esta imagen perfecta del hombre divino, el Cristo o el Verbo entró conscientemente en cada átomo de su ser, incluso en las células de su organismo externo, y transformó todo su cuerpo en sustancia y vida espiritual pura e inmortal. Así, «el Verbo se hizo carne». La resurrección de todo su ser incluyó su cuerpo. Jesús entró vivo y completo en el reino espiritual.

15 Juan da testimonio de él, y clama diciendo: «Este es de quien dije: El que viene después de mí, se ha hecho primero que yo; porque era primero que yo.

16 Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.

17 Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

18 A Dios nadie le vio jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo dio a conocer.

«La ley fue dada por medio de Moisés». Moisés representa una fase del proceso evolutivo del hombre. «La ley» —los mandamientos externos— no puede redimir. «La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo»; es decir, el verdadero poder salvador, redentor y transformador llegó al hombre mediante la obra que Jesús realizó al establecer para la humanidad una conciencia nueva y superior en la tierra. Podemos acceder a esa conciencia por la fe en Él y por medio del espíritu interior de la ley que Él enseñó y practicó. El versículo 18 enseña que a través de Cristo en nosotros llegamos a comprender al Padre, ya que el Hijo (el Verbo) existe siempre en Dios, y Padre e Hijo son uno y omnipresentes en el hombre y en el universo. La Verdad Espiritual se discierne únicamente a través del Espíritu; no llegamos a conocer a Dios por medios externos ni mediante la percepción intelectual.

19 Y este es el testimonio de Juan, cuando los judíos le enviaron sacerdotes y levitas de Jerusalén para preguntarle: «¿Quién eres?».

20 Y él confesó, y no negó; y confesó: «Yo no soy el Cristo».

21 Y le preguntaron: «¿Qué, pues? ¿Eres Elías?». Y él respondió: «No lo soy». ¿Eres tú el profeta? Y él respondió: «No».

22 Entonces le dijeron: «¿Quién eres?», para que podamos dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?

23 Él dijo: «Soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías».

24 Y habían sido enviados por los fariseos.

25 Y le preguntaron, y le dijeron: «¿Por qué, pues, bautizas, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?».

26 Juan les respondió, diciendo: «Yo bautizo en agua; en medio de vosotros está uno a quien no conocemos,

27 el que viene después de mí, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado».

28 Estas cosas sucedieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

En la regeneración, dos estados mentales operan constantemente. Primero viene el estado de limpieza o negación, en el cual se eliminan todos los pensamientos erróneos. Esto incluye el perdón de los pecados cometidos y una limpieza general de la conciencia. La idea es regresar a la conciencia pura y natural del Espíritu. Este estado mental está representado por Juan el Bautista, quien surgió del desierto, hijo de la naturaleza, cuya misión era allanar el camino para Aquel que lo seguiría.

Esta eliminación del pecado de la conciencia (bautismo mediante la negación, más perdón) está estrechamente relacionada con la obra más profunda que sigue; tanto es así que al observador le parece lo mismo. Por lo tanto, los seguidores de Juan, al ver las obras que realizaba, le preguntaron si era el Mesías. Su respuesta fue que Aquel que lo seguía debía bautizar con el Espíritu Santo.

De esto discernimos que la limpieza mental y las reformas que ordenan la mente consciente están diseñadas para preparar el camino para esa conciencia más amplia y permanente que vendrá después. Esta es la negación del "yo" o la personalidad. Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo". Todos somos culpables de una devoción indebida a objetivos personales, que siempre son estrechos y egoístas. Mientras estos existan y ocupen el lugar del Ser legítimo, no hay lugar para el yo superior, el Cristo de Dios.

El escrito "Este es el Hijo de Dios" se refiere a un asunto de suma importancia en la regeneración. El reconocimiento del hombre como Hijo de Dios y el establecimiento en la mente de la nueva relación entre el Padre divino y el Hijo son esenciales para el proceso. Si no afirmamos nuestra filiación, con todos sus privilegios y poderes, con seguridad nos menospreciaremos y nos pondremos limitaciones que nos impedirán entrar en la plenitud de la Deidad. "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto".

29 Al día siguiente vio a Jesús venir a él y dijo: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

30 Este es aquel de quien dije: "Después de mí viene un hombre que es antes de mí, porque era primero que yo".

31 Y yo no lo conocía; pero para que se manifestase a Israel, por eso vine bautizando en agua.

32 Y Juan dio testimonio, diciendo: «Vi al Espíritu descender del cielo como paloma, y permaneció sobre él.»

33 Y yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: «Sobre quien veas descender al Espíritu y permanecer sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo.»

34 Y yo lo vi y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

En una interpretación metafísica, Juan el Bautista simboliza en cada individuo al hombre natural, pero con un intelecto iluminado. Su rostro se vuelve hacia la luz en la medida en que reconoce y rinde homenaje al ser superior dentro del individuo. Juan bautizó con agua a todos los que creían en la pronta aparición de Jesús. Este es un proceso de limpieza y purificación que prepara al individuo para ver y discernir espiritualmente.

La Mente-Padre es el principio viviente, lo absoluto, lo ilimitado. El Hijo es la Palabra viviente. «Palabra» se usa para designar la identidad YO SOY del hombre. El Espíritu Santo es la acción, efusión o actividad de la Palabra viviente. Esta actividad produce lo que podríamos llamar la luz del Espíritu, el aliento de Dios, la «personalidad» del Ser. La efusión del Espíritu Santo es la señal por la cual el hombre natural reconoce lo divino. Jesús, quien se convirtió en el «Cordero de Dios» o la expresión perfecta de Dios, bautizó en el Espíritu Santo.

35 Al día siguiente, Juan estaba de nuevo allí, con dos de sus discípulos;

36 y miró a Jesús que caminaba, y dijo: «¡He aquí el Cordero de Dios!». Al cultivarla, la mente espiritual se convierte en un factor activo de la conciencia. Hay que desearla y buscarla antes de que forme parte de la vida consciente. Juan el Bautista (la mente consciente natural) espera, busca y desea fervientemente una mayor realización del Espíritu. Sabe que no está cumpliendo el ideal crístico de la humanidad; de ahí su profecía sobre Aquel que ha de venir, «de quien no es digno de desatar la correa del calzado».

Esta disposición a entregar el hombre natural a lo divino es una señal muy propicia en quien está en el proceso regenerativo. Muchas personas ambicionan revestirse de Cristo, pero no están dispuestas a renunciar al hombre actual para hacerlo. Juan el Bautista tenía seguidores, pero estaba dispuesto a que sus discípulos fueran a Jesús. Lo reconoció abiertamente como el "Cordero de Dios". Este fue su reconocimiento de la Mente Crística. Esa mente no tiene ambición personal; es inocente, amorosa y obediente al llamado de Dios.

37 Los dos discípulos le oyeron hablar y siguieron a Jesús.

38 Jesús se volvió, los vio seguirle y les dijo: «¿Qué buscáis?». Ellos le dijeron: «Rabí (que significa «Maestro»), ¿dónde moras?».

39 Él les respondió: «Venid y lo veréis». Fueron, pues, y vieron dónde moraba; y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima.

40 Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron hablar a Juan y le siguieron.

41 Este encontró primero a su hermano Simón y le dijo: «Hemos encontrado al Mesías (que significa «Cristo»).

42 Lo llevó ante Jesús. Jesús lo miró y dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan; te llamarás Cefas (que significa «Pedro»).» Cuando la mente consciente reconoce la Mente Crística, las diversas facultades se despiertan gradualmente y se adhieren a ella. Andrés es el primer apóstol mencionado, y con él estaba uno cuyo nombre no se menciona aquí, pero que se supone fue Juan (el amor). El amor es modesto y reservado; «no busca lo suyo». Andrés representa la fuerza de la mente, que, con gran regocijo al encontrar la fuente inagotable de toda fuerza, exclama: «Hemos encontrado al Mesías».

La fuerza está claramente relacionada con la sustancia (Simón), que en espíritu llamamos fe. «La fe es la sustancia de lo que se espera» (R.V.). Lo que esperamos y mentalmente vemos como una posibilidad en nuestra vida se hace visible, y lo llamamos sustancia.

43 Al día siguiente, quiso ir a Galilea y encontró a Felipe, y Jesús le dijo: «Sígueme».

44 Felipe era de Betsaida, de la ciudad de Andrés y Pedro.

45 Felipe encontró a Natanael y le dijo: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas: a Jesús de Nazaret, el hijo de José».

46 Natanael le dijo: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe le dijo: «Ven y ve».

47 Jesús vio a Natanael que se acercaba, y dijo de él: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño».

48 Natanael le dijo: «¿De dónde me conoces?». Jesús le respondió: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi».

49 Natanael le respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel».

50 Jesús le respondió: «Porque te dije que te vi debajo de la higuera, ¿crees? Verás cosas mayores que estas».

51 Y le dijo: «De cierto, de cierto os digo: Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre».

El nombre Felipe significa "amante de los caballos" y simboliza el vigor, el poder, la vitalidad y la energía de la mente. Felipe, Andrés y Pedro pertenecen a la misma ciudad: Betsaida. Betsaida significa "casa de pesca", y Betsaida representa un grupo de pensamientos en la conciencia cuyo eje central es la creencia en el crecimiento de las ideas y su expresión y manifestación en la forma externa.

Natanael (que representa la imaginación) también se llama Bartolomé. En el reino de lo real (Israel), el poder imaginativo de la mente es inocente, libre de imágenes erróneas. Es abierto y receptivo a la belleza y la perfección del Ser. Es la facultad de la imaginación la que crea al gran artista y al gran poeta. Es la inocencia inocente del estado mental de Natanael la que lleva al entusiasta religioso a creer que todo lo relacionado con el Espíritu y el mundo es invisible. Ejercitada sin la comprensión de Cristo, la imaginación se vuelve ilusoria. Es la creadora de imágenes en lo psíquico; El clarividente puede ser engañado por su poder de conjuro. En sí mismo no es un error, pero puede, como todas las demás facultades, usarse de forma errónea. Cuando la Mente del Espíritu la usa, como en el caso del discernimiento de Jesús con Natanael bajo la higuera, lo hace sin engaño; y en la comunicación de Dios con el hombre, esta facultad desempeña un papel importante.

Entre los apóstoles, Bartolomé representa la imaginación. Se le llama Natanael en el primer capítulo de Juan, donde se registra que Jesús lo vio bajo la higuera, lo que implica que percibió la presencia de Natanael antes de que este se manifestara. Esto indicaría que las imágenes de personas y cosas se proyectan en la cámara de imágenes de la mente y que, al prestarles atención, se puede comprender su relación con las cosas externas. Los lectores de mentes, clarividentes y soñadores han desarrollado esta capacidad en diversos grados. La consciencia es lo que concierne al desarrollo del alma, tanto principal como secundariamente, ¡y en todo sentido! Las formas son siempre manifestaciones de ideas. Quien comprende esto puede interpretar los símbolos que se le muestran en sueños y visiones, pero la falta de comprensión de esta ley lo convierte en un psíquico sin discernimiento. Con esta facultad espiritual, el hombre puede penetrar en la «cuarta dimensión», o lo que suele llamarse el «reino de los cielos», y discernir la dirección

de las fuerzas espirituales. Los ángeles de Dios son fuerzas espirituales activas en los Hijos de Dios, los espiritualmente vivificados.

La mente abierta, receptiva y creyente puede ver lo que ocurre en la Mente Crística, trascendiendo así la capacidad del hombre natural no iluminado.